

For characters and scenario: 'Star Trek: Voyager' is a registered trademark of **Paramount Pictures**. I intend no copyright infringement. This is a fanfiction story and no commercial use is made of it.

For the original parts: Copyright © by Simon Brenncke 2013. All rights reserved.

<http://simonbrenncke-stories.1x.de/SafeCreativeCertificate%20for%20La%20Prueba%20Cuarta%20Parte.pdf>

Star Trek Voyager

La Prueba

Cuarta Parte

1

Seven avanzó dentro de la red de corredores. Había estudiado el mapa que la sección 31 había elaborado. Aunque la sala de la reina no estaba indicada en él, la experiencia de Seven y una corazonada irresistible le hicieron intuir dónde debía situarse la sala de la reina. Ahora ella siguió el rumbo que antes había memorado.

Se apresuró, corrió a ahogarse los pulmones que se contraían violentamente para llenarse con aire. En este instante, la reina ya debía saber adonde ella se dirigía, a pesar de que ella no escuchaba más su voz.

Mientras que corría, Seven reflexionaba. Sentía que la reina la esperaba ya desde el momento que había aprendido que Seven formaba parte del equipo. Tal vez la reina estaba sorprendida por la apariencia repentina del equipo. Tal vez, para ella, no estaba de todo claro cómo los invasores habían franqueado el cinturón cerrado alrededor del cubo, pero era evidente que tendría algo que ver con la explosión de la mina.

Fue el Capitán Picard quien sufrir el primero a los borg la experiencia de quemarse los dedos, durante su primer ataque de gran escala contra la Federación. Desde esta derrota los borg no harían más el error de subestimar un enemigo tan implacable.

Seven pensaba que por esta razón habían reforzado la parte más sensible de la maquinaria borg en este cubo, el nudo central de datos. Pero, en cambio, los caminos que conducían a la sala de la reina borg estaban poco defendidos. Se trataba más bien de una farsa de defensa que de un esfuerzo de defensa real. Ciertamente la reina facilitaba a Seven el acceso a sus aposentos. Sin duda la borg, quizá la más poderosa que Seven había jamás encontrado en su vida, deseaba encontrarse con ella dentro de su sala – su sala, el lugar más peligroso del cubo, mucho más peligroso que todo el ejército que había sido despachado a la computadora central.

Pero la farsa de defensa no era menos difícil a romper por ser una farsa. Siempre que Seven chocaba contra unos drones en su carrera hacia la reina, debía vencer una fuerte resistencia. Luchaba como una fiera. Avanzaba de corredor en corredor. No solo Vaught había traído sus juguetes consigo. El interior del chaleco de Seven estaba igualmente atiborrado de dispositivos explosivos. No surtían el mismo efecto devastador que los de Vaught, pero cumplían también con su

objetivo: ayudar a Seven a martillar una brecha dentro de los muros defensivos siempre que se alzaban delante de ella.

Lanzaba un dispositivo. Luego, apenas apagada la explosión, corría a través de los escombros del estallido de energía. Corría a través las llamas ardientes que salpicaban su traje con quemaduras. Volvía su phaser a todos lados, cruzaba el fuego con los borg que no habían sido derrumbados por la explosión.

Batiéndose al punto de ahogarse, finalmente Seven llegó al corredor que desbordaba en la gran sala de la reina. Aquí se detuvo.

Miró cautelosamente las paredes, el techo, la estructura del suelo, previendo alguna última trampa. Pero no halló ningún signo sospechoso. Delante de ella, el corredor yacía abandonado. Todavía ello no estaba segura de que el pasadizo para llegar a la reina estuviese realmente despejado. Dio algunos pasos, su rifle extendido en el brazo levantado. En la otra mano sostuvo su última granada.

De repente surgió una voz desde la sala de la reina: “Seven of Nine. Sea la bienvenida.” Seven conocía esta voz, era la misma que había oído en su sueño turbado.

El corazón de Seven se heló. Bajó su brazo y remitió la granada en el bolsillo de su chaleco. Ahora tales medidas crudas perdían toda utilidad. Ahora Seven enfrentaba un problema que exigía unas medidas mucho más complicadas.

El combate que iba a iniciarse era un combate de espíritu contra espíritu. El reino físico no contaba más. La situación era terrible, pero Seven se habría sentido mejor si hubiese sido posible afrontar este combate con los métodos clásicos.

Seven iba muy despacio, pues necesitaba el tiempo para endurecer su voluntad. Por el miedo que sentía se dio cuenta una vez más que con la extirpación del implante neuronal borg había asumido por completo el estado humano. Sus rodillas parecían aflojarse y su torso agacharse algo.

Cuando entró en la sala, miró solamente de soslayo delante y alrededor de ella. Sintió más bien la presencia de la reina que la vio. La luz estaba más fuerte que en los corredores. Aquí el verde dominaba sobre el negro, pero el verde parecía haber absorbido el negro, era un verde tan sombrío como una enfermedad mortal.

Pero, en un lugar particular de la sala, el verde se convertía en un haz de luz casi blanco que caía sobre el trono de la reina.

Las reinas eran como los nudos de individualidad dentro de la máquina colectiva del cubo. Formaban parte de la colectividad, no eran sino la expresión de esa colectividad, pero, de este modo, eran también sus caras identificables. Nunca componían una individualidad, pero sí un simulacro de individualidad. Aparentaban algunos rasgos de un conducto propio a ellos mismos.

Pero Seven se quedaba desconcertada. El ambiente del lugar, el trono iluminado por el haz de luz flameante, denotaban un carácter de orgullo individual muy ajeno a las características borg. De golpe, todos sus recuerdos de los borg rebeldes le asaltaron, esos borg que se habían desconectado de la colmena y con los cuales había pasado mucho tiempo antes de su ingreso en la tripulación de la Voyager. Pero era imposible que esta reina fuese afiliado a al grupo rebelde. Todos los drones sin conciencia que pululaban en el cubo invalidaban una semejante conjetura.

Pero fuera como fuera, Seven no podía deshacerse de la impresión que se hallaba delante de un ser que tenía una personalidad propia. Y de inmediato ella supo qué debía ser el punto débil de este carácter. Pues el orgullo hacía siempre vulnerable.

A pesar de su confusión profunda, este pensamiento reconfortó algo a Seven.

Levantó la mirada al trono.

El efecto debía ser sabiamente calculado. La reina aparecía dentro del fulgor blanco espolvoreado por unos rayos verdes. Fue una luz que no refrescaba, que no reflejaba vida y esperanza como solía la luz blanca, pero que proyectaba el culto de la muerte. La figura de la reina en el trono se perfilaba como una emisaria de la muerte.

Seven reprimió una mueca. No era solamente orgullosa esta reina, tenía también un gusto pronunciado por lo teatral.

La voz de la reina se levantó como si saliese de un sepulcro. “No es necesario que digas nada, Seven. Ya hemos hablado un rato, te acuerdas de mí, no es cierto? Sé porque estás aquí.”

“De veras?” replicó Seven. Arqueó una ceja y frunció los labios. Aun este gesto le costó un esfuerzo concentrado. Su desenvoltura no era más que apariencia. Sus rodillas estaban para desplomarse y ella forzaba sin cesar los músculos de sus piernas para mantenerse en pie. Pero al menos su voz no le faltaba. Era clara, blanda y sin emoción.

“De veras?” profirió de nuevo. “Sabes por qué estoy aquí? Dímelo.”

En realidad Seven temía la respuesta. Temía que la reina supiera más de su carácter y de su vida presente que ella hubiese creído posible.

La reina se inclinó un poco en adelante. Con el cambio de posición, su rostro se desplazó del centro de la luz cegadora. De esta manera su cara apareció por primera vez claramente, las facciones afiladas, talladas como de márfil.

Seven no pudo evitar que un reflejo la forzó, por un instante, a detener su aliento. Se apresuró de deshacerse del sentimiento de sobrecogimiento y de restablecer su aire de desenvoltura. Pero el efecto sobre Seven no había escapado a la reina. Y ella gozaba del efecto, sus labios se torcieron en una sonrisa vana.

Seven se reprochó su reacción. Pero al mismo tiempo notó atentamente el signo del orgullo desproporcionado que roía la reina adentro. Para una borg, era bella, tal vez aun juzgando con un estándar humano. Seven quedaba pasmada delante una borg que mostraba rasgos tan humanos.

Pero Seven no se dejaba enhechizar por la belleza terrestre de la reina, ya pensaba en planes de huida y de ataque. Aunque parecía increíble, la reina no era solamente orgullosa, era también aficionada a la humanidad, probablemente a la individualidad inherente en el género humano.

Seven concentró de nuevo sus pensamientos y preguntó otra vez: “Dime, por qué estoy aquí?”

La reina sonrió. Sus labios se desplegaron y sus dientes aparecieron: finos, rectos y blancos. “Tu estas aquí”, declaró sentenciosamente, “porque aun después de todos estos años, tú tienes dudas sobre tu identidad. Por esta razón has regresado a tu hogar.”

Tales palabras cayeron sobre Seven como martillazos. Descubrieron partes de su corazón que no se habría atrevido ella misma a analizar. La reina le esclareció lo que había sombrado en la obscuridad de las capas más escondidos de su espíritu.

Ella replicó, sin pensar, solamente defendiéndose reflexivamente: “Mientes. No sabes nada de mí. Mi hogar es la Voyager, mi familia es la tripulación. He roto definitivamente con los borg.” Sus mejillas se encendieron, sus ojos temblaron en sus órbitas. Sus dedos se crisparon. Contuvo el impulso de abofetearla.

La reina sintió este impulso de agresión. Su sonrisa se ensanchó. De pronto, Seven se percató de su error. Apretó los dientes. No debía permitirse otro tropizeo. Cuanto más la reina sospechase de sus verdaderos sentimientos, más Seven sería vulnerable. Decidió tomar la ofensiva. Cada metro de terreno perdido debía ganarse de nuevo.

Y Seven ya había escogido su punto de ataque. Se aclaró la garganta y dijo: “Creo que no soy la única con problemas de identidad aquí. Como lo veo, tú deseas integrarte a la humanidad.”

La mirada fría de la reina se turbó. Un estremecimiento atravesó sus labios. No fue más que un

breve momento, pero fue suficiente para asegurar a Seven que había apuntado correctamente su disparo verbal. “Qué es que te fascina tanto en la humanidad? Tal vez son las mismas razones que me vuelven odiosa la idea de regresar jamás al colectivo? Quieres ser una persona libre, de escaparte de la estrangulación por las cuerdas de la colmena?”

“Y tú?” La reina empujó también su daga afilada. “Estás sobrecogida por las emociones desenfrenadas? Estás desamparada por causa de los pensamientos que no logras controlar más? Tal vez has buscaste trocar el control del colectivo por el propio control de tus pasiones. Pero te exceden, no es cierto? Y esto es un estado preferible al que has dejado? Si ahora pudieras verte a ti mismo, con tus nervios de punta! Una hembra melindrosa, asustada por el caos del irracional! No es verdad que echas de menos la estructura clara de la mente que sólo el colectivo puede concederte?”

Las observaciones de la reina no eran de todo injustas. Las recriminaciones hacían vibrar el cuerpo de Seven como un alambre bajo tensión eléctrica. Sus miembros delgados estaban contraídos y no cesaban de temblar. Todos sus músculos parecían impulsarla a abalanzarse sobre la reina y de cubrirla de golpes. La agresión rabiaba en ella. Pero sabía que no experimentaba sino el efecto que la reina había calculado. Era su estrategia de provocar a Seven hasta que perdiese su auto-control. Intuyendo esto ayudó mucho a Seven de refrenar su agresión. No quería acabar como una esclava de la reina que cumpliera sus deseos. Sabía que podía volverla furiosa si se resistía a mostrar una reacción emocional. De esta manera, podría probar lo que la reina quería negar ante todo: que un humano puede controlarse racionalmente. Pues si era cierto esto, cómo los borg se destacarían de los humanos?

Seven comprendía que la reina, casi como un vulcaniano, temía sobre todo perder el control altanero sobre sí mismo, sobre cada pensamiento, sobre cada función de su cuerpo. Esta reina borg parecía tener un cierto grado de individualidad que había logrado desarrollar por encima de la colectividad borg. No era una rebelde borg, porque nunca había dejado el colectivo, pero había conseguido establecer una personalidad como en un repliegue de la mente de la colmena. Y se creía por encima de los humanos y otros que, siendo personalidades, no alcanzarían jamás el estado de racionalidad y perfección completa que solamente una existencia borg podía ofrecer.

Observando esta reina delante de ella detenidamente, Seven tuvo de nuevo un momento de iluminación: la reina había experimentado con el estado humano y sus experimentos debían haberla dejado perturbado y también fascinado. Se asemejaba a una niña atraída por el riesgo que también temía.

“Te comprendo,” dijo Seven. Su voz se fortaleció, su porte se afirmó, sus puños apretados se abrieron, en su rostro apareció un reflejo de alma serenada. “Sí, te comprendo. Sé que padeces de una enfermedad muy grave. Cómo debemos llamarla? Creo que el nombre más adecuado es: el virus humano.”

“No sabes nada!” la interrumpió la reina. Pero las palabras se atascaron en su garganta y ninguna otra quiso salir. Por cierto había reaccionado con demasiado vehemencia. Por qué tenía que enfurecerse, siendo las observaciones de Seven sin valor? “Tu no comprendes nada,” la reina repitió. “Ya no eres más una borg. No tienes la más mínima idea de la vida de una borg.”

Seven comenzó a reírse. Incluso se sorprendió de sí misma, pero en este momento del peligro absoluto, cuando toda su existencia pendía de un hilo fino, experimentó el impulso brutal de estallar en una carcajada que nunca terminara. Pero ella se contuvo y prorrumpió: “Yo? Yo no sé cómo es la vida de una borg? El conflicto entre los elementos borg y humano sería un misterio para mí? No es precisamente este conflicto que estoy sufriendo desde hace años? No! Te comprendo! Para ti es necesario negarme el recuerdo de la experiencia borg.”

Se acercó un paso más a la reina. Así penetró también en el haz de luz que caía desde arriba sobre el trono de la reina.

Sólo unos pocos centímetros separaban las caras de las dos mujeres. Seven observó con mucha atención todas las detalles de la piel de la reina, el color de sus ojos, la forma de sus labios, la

manera cómo estaba peinada. En cada uno de los elementos que componían su apariencia, Seven halló los pequeños signos de una gran turbación. La reina bullía en su fuero interior, no obstante la calma soberbia que afectaba.

Cuando Seven abrió su boca para hablar, su aliento rozó la piel de la reina: “Jugaste con el estado humano, pero fuiste demasiado débil para controlar el juego. Los papeles se invirtieron. El juego terminó con controlarte a ti. Es la única razón por la cual me has convocado aquí. La fascinación de la transformación en humano es irresistible para ti. Querías ver el resultado con tus propios ojos. Pues lo que puedes ver en el espejo es solamente un disfraz feo de la verdadera apariencia humana.”

Seven había bien escogido su blanco, había conseguido herir a su enemiga. Chispas ardientes crepitaban en los ojos de la reina. La furia inundó su cuerpo. Como Seven estaba tan cerca de esta catástrofe mental, sintió la onda de su fuerza sobrecogedora.

Sintió como la tormenta en el espíritu de la reina acometió con choques brutales los límites de su auto-control. Todavía la reina logró contenerse y Seven casi la admiró. Pero no faltaba más que un otro empuje para que la reina perdiese el equilibrio y se sometiese a sus emociones. Gracias a una intuición casi diabólica, Seven encontró las palabras devastadoras y las entonó como un encantamiento de magia negra: “Buscaste la belleza de la individualidad humana y caíste en la red fascinante de la belleza física. Pero debes aceptar que eres una borg, siempre una borg fea. La máscara de belleza que exhibes, el maquillaje de la belleza, no hace sino resaltar tu fealdad borg.”

De golpe los límites del auto-control de la reina se derrumbaron. La inundación de furia se derramó sobre Seven.

La reina perdió el sentido por la acción racional. Asió el cuello de Seven. El aire se escapó del cuerpo de la ex-borg, un mareo subió a su cabeza. Sus sentidos le devolvieron impresiones imprecisos, la nitidez de la imagen de la reina se borró delante de sus ojos. Manchas negras nublaron su vista.

Pese a su malestar creciente, Seven logró esbozar una sonrisa burlona. Al momento que la reina se percató de esto, su ira aumentó todavía. La rabia desfiguró por completo sus facciones antes hermosas. Tal vez no fue más que el efecto del desfallecimiento de sus sentidos, pero a Seven le pareció que la figura de la reina había vuelto a su estado borg.

Seven estuvo al punto de desmayarse. Las manchas negras saltaban y revoloteaban caóticamente ante sus ojos. Nieblas de pensamientos desintegrados abrumaban su espíritu. No le fue más posible concebir una idea clara, su cabeza no fue más que un envase de impresiones sueltas, sin conexión entre ellas. Fragmentos de imágenes vagaban por su mente. Vio a sus padres como los había visto por última vez; al capitán cuando ella recibió Seven al bordo de la Voyager, muchos años antes; al doctor, cuando se despidió de él, antes de entrar en el Delta Flyer. Pero aun estas imágenes se borran. Un solo pensamiento claro atravesó su ser como un relámpago repentino la caída de la noche: “Aquí todo se acaba.”

2

Suficientemente cerca del cubo, el almirante mandó abrir un canal de comunicación con la Delta Flyer.

“Aquí Harry Kim,” se escuchó la voz nerviosa, pero inquebrantable, del teniente.

“Dígame qué es la situación,” ordenó Janeway.

Kim resopló el aire. “He perdido la señal de Seven. Tuvok y Vaught acaban de llamarme. La han perdido delante de la sala central de la computadora, temen que fue cautivada otra vez. Al presente ambos se hallan en la sala central. Vaught ha logrado obtener acceso a la computadora, pero parece que encuentre complicaciones. Sea como sea, están rodeados de los borg y deben salir de allí cuanto antes.”

“Todo esto era de esperar,” murmuró Janeway más para si mismo.

De pronto, una sacudida violenta hizo estremecerse los tripulantes del puente. Janeway se halló un momento privado de su equilibrio y tambaleó hasta una consola. Se aferró a ella antes de caer.

“No van a permitir que avancemos aun más,” comentó Chakotay.

“Estado de los escudos?” preguntó Janeway inmediatamente.

“No han bajado más que los diez por ciento,” interpretó Elbrun el análisis sobre su consola.

“Sí,” murmuró Janeway, “es para impresionar, para amenazar, no para dañar.” Dio unos pocos pasos atrás, justamente para hallarse de nuevo delante de su silla de comando. “Vamos a experimentar hasta cuál punto ellos nos permiten avanzar. Mantenga el rumbo, Tom,” pidió. “Lo estás haciendo muy bien.” Alzó su voz: “Kim?”

“Sí?” llegó la respuesta con un poco de retraso.

“Vamos a arrebatarnos de las manos de los borg. Ahora, quédese donde está, tal vez Seven y los otros dos pueden todavía lograr de revolver a la lanzadera.”

“Sí, capitán,” contestó Kim.

“Janeway fuera.” Cortó la comunicación.

Chakotay la miró algo asombrado, el entrecejo fruncido. “Me temo que estamos apresurando nuestra muerte.”

Pero el rostro de Janeway denotaba una decisión absoluta. Se volvió hacia Rial Elbrun, en la estación de batalla. “Lance la bomba código cinco Vaught diez.”

El oficial artillero ejecutó el comando. Sobre la pantalla dando vueltas delante de ellos, apareció un punto negro que se alejó rápidamente. Después de unos pocos segundos el punto destelló. Una luz deslumbradora se propagó desde este centro de choque. Se displayó sucesivamente en el espacio en su alrededor, hasta llenar toda la pantalla central del puente. Los espectadores se veían obligados de taparse los ojos con las manos, tal era la fuerza de la luz.

Pero a pesar de esta ceguedad intermitente, Janeway instó a Tom Paris: “Mantenga el mismo rumbo! Vuele en línea recta hasta el cubo!” Ella se volvió a Elbrun: “No incluso un solo disparo, pero que se mantenga dispuesto. Después de que hayamos franqueado la cintura, daré la señal. En seguida, haga un fuego incesante.”

“Kathryn!” se sorprendió Chakotay. “Crees que es avisado provocarlos así?”

Tal vez no era una pregunta apropiada para este lugar y este momento. Para Chakotay era fácil olvidarse que no era solamente el amante de Janeway, pero también su súbdito en la jerarquía de la Flota Estelar. Su exclamación había sonado como un reproche.

Pero Janeway no se olvidaba de su posición oficial. Deliberadamente, miró algunos segundos a su antiguo segundo, la boca cerrada. Afuera, la luz de la bomba seguía desplegándose en todo el espacio. La pantalla se había convertido en un grande cuadro de luz blanca. Finalmente, ella dijo con una mirada casi fría: “Comprendo su opinión, pero estoy convencida de que no hay otra manera de hacerles comprender a cuál punto nosotros queremos recuperar nuestros tripulantes.”

Muchos tripulantes se habían vuelto hacia la escena y la observaban de soslayo. Desde hacía

mucho tiempo todos estaban enterados de la relación entre sus dos superiores.

Por un momento, Chakotay se halló casi boquiabierto ante esta respuesta ruda. Pero después se limitó a asentir con la cabeza. Además, en los ojos de Kathryn vislumbró una suplicación leve, pero que tuvo su efecto sobre él y lo calmó.

Desde luego, la Voyager continuó su carrera desenfrenada a través del espacio. Aún la luminosidad densa no se había disipado. Pero los sensores de la Voyager habían quedado intactos. Según lo que Vaught les aseguraba, al contrario, los sensores de las naves borg debían haber recibido daños.

Y de veras: algunas ráfagas de fuego repicaron contra los escudos de la Voyager, pero no fueron dirigidos a la nave, fue más por azar que ellos cruzaron con ella. El enemigo desplegó un fuego extensivo porque ahora ignoraba la posición exacta de la Voyager.

De este modo, los grupos de dardos distribuidos en la cintura de las minas comenzaron rápidamente a espaciarse, para que aumentara el alcance de su fuego de dispersión.

“Lo lograremos,” aseveró Janeway con insistencia. “Ellos deben estar tan confundidos como nosotros por esta maravilla de la tecnología de la sección.”

En efecto, el primer ataque ofensivo de la Voyager había hacer detonar varias minas que habían dejado algunos agujeros en la red estrecha alrededor del cubo. Y con la estrategia de dispersión que los dardos perseguían al presente, esos agujeros, en ciertos lugares, se habían ensanchado lo suficiente para que una nave del tamaño de la Voyager pudiera atravesarlos.

Chakotay estudió sorprendido las maniobras de los dardos. “Se trata de un fallo táctico. Y me extraña, porque los borg nunca se permitirían un error semejante.” Sus labios se crisparon, luego prosiguió: “El pequeño regalo de Vaught tiene que haber dislocado algo más que el funcionamiento de los sensores exteriores.”

“Sí,” analizó Janeway. “Se diría que un algoritmo nocivo se haya introducido en las máquinas al destellarse la bomba.”

Finalmente, la vista que ofreció la pantalla se aclaró. Ahora la imagen dio menos vueltos y cabriolas que antes, pues Tom Paris tomó un rumbo más recto. Las minas se acercaban con una rapidez increíble.

“No sería preferible destrozar las minas antes de aproximarnos más?” inquirió Chakotay.

“Habría sido mejor,” asintió el almirante. “Pero ahora la onda de choque nos dañaría demasiado. Y no quiero buscar una otra entrada. No sabemos cuando los sensores de los borg funcionarán de nuevo, puede ser de un momento al otro. No, no lograremos acercarnos al cubo si desviamos ahora de nuestro camino directo.”

Chakotay no pudo desmentir la justeza de esta estimación, sin embargo, su ceño quedaba fruncido. Las decisiones tácticas de Kathryn le parecían mucho más arriesgadas que aquellas que ella tomaba habitualmente. Ella parecía jugárselo el todo por todo. Continuaba de preguntarse si ella, en realidad, sabía más que quería dejar entrever.

Tom Paris intentó resolver una tarea muy complicada. Perlas de sudor brotaron en su frente. Sacó todo de los motores de la Voyager que quisieron ofrecerle en este momento. Una carrera loca para pasar indemne a través un conjunto de minas – era esto el problema al cual se afrontó!

Un silencio impregnado de inquietud reinaba en el puente. Las gargantas de todos se cerraron, la voz no tuvo más espacio para salir. En un momento de olvido de sus propias funciones, los ojos de todos los oficiales se pusieron sobre el timonel. Y las minas volaron a su encuentro como si el cubo los hubiera arrojado hacia ellos.

Luego hubo un momento cuando el aliento de todos se apagó. Una inmovilidad completa se

apoderó de la escena. Las minas a ambos lados de la pantalla aparecieron tan grandes que llenaron toda la perspectiva, como antes la blancura después de la explosión. Pero esta vez la tela pareciendo encubrir todo era negra, el negro de las minas. Y entre ellos flotó el cubo en el espacio, reluciente con un negro de noche que no se convertiría nunca en el alba.

Janeway se petrificó donde se hallaba. Por unos segundos se transformó en una estatua de mármol.

Pero esta oscuridad total se deshizo. El leve brillo azulado del espacio reapareció a ambos lados de la pantalla. Se hicieron oír respiros aliviados. El vuelo a romper el cuello, al cual Tom había forzado la nave, había sido exitoso, a pesar de las aprehensiones de muchos. Sin perder un solo instante, todos se volvieron a sus consolas, a su propio trabajo.

3

Pero el alivio por haber franqueado las minas duró poco. Se presentó el obstáculo más grande. El cubo mismo iba engrandeciendo delante de ellos.

“Ahora!” mandó Janeway.

Fue la señal que Elbrun había esperado. La Voyager empezó hacer fuego por todos sus cañones. Los torpedos de fotón y los torpedos cuánticas se desprendieron de su carga. Los rayos blancos y rojos desgarraron el telón del espacio y se apresuraron de chocar contra los escudos del cubo.

“Dé más rodeos! Movimientos evasivos!” mandó Kathryn a Tom Paris. La orden vino a tiempo, pues de súbito una lluvia de flechas de energía destructiva fue arrojado hacia la Voyager. La gran nave pareció torcerse bajo la maniobra repentina del timonel para escapar a los relámpagos. Mas algunos rayos rozaron la nave y le impusieron un temblor violento. De nuevo, Janeway perdió el contacto con el suelo y fue echada hacia atrás. Se agarró a un apoyabrazos de su sillón para recobrar el equilibrio.

Rápidamente, miró a Chakotay. Él era silencioso, pero ella comprendió demasiado bien el brillo en sus ojos expresivos. “Sí,” asintió. “Pierden la paciencia con nosotros. Pero al menos es una distracción. Tal vez lograremos confundirlos lo suficiente para que se concentren más sobre nosotros que sobre Seven y los demás. Quizá podamos acercarnos lo bastante para captar sus señales de vida. Quizá podamos sacarlos de allí.”

Fue imposible que la convicción de Janeway no saltase de sus ojos y asaltase el corazón de Chakotay. Deseaba que Kathryn tuviese razón, pero la esperanza le parecía en este caso demasiado cerca de la decepción. Todavía prefería él no dejarse infectar por el optimismo de su amante.

Pero Janeway no le permitió de abandonarse a sus reflexiones sombrías. “Por cierto, el comportamiento de los borg es bastante raro,” comentó. “Si hubiesen querido eliminarnos, ya lo habrían logrado. No, esto es algo diferente, algo insólito que aún no hemos experimentado. Se diría que no son realmente los borg, dentro de este cubo.” Pero ella se calló bruscamente, no atreviéndose de revelar más del secreto que llevaba en sus adentros. Chakotay, el guerrero, el hombre espiritual quien nunca parecía abandonar la fe en el buen éxito, atravesaba ahora su propia prueba, la crisis de la fe.

Y él no respondió al comentario de su amante sino con un movimiento escéptico de la mano. El gesto fue confirmado por un nuevo estremecimiento que sacudió la nave. Kathryn cayó casi por encima de Chakotay.

Pero de inmediato se enderezó y se volvió hacia la pantalla. Vio como el cubo giraba

frenéticamente delante de ellos. El sudor perlaba de la frente del timonel Paris. Sometía la nave a un rumbo feroz que la hacía saltar en vaivenes y **cabezadas**, como podía verse sobre la pantalla. “Haces un trabajo excelente, Tom,” dijo Janeway. “Por favor, aguanta, continúa!”

Paris, ordinariamente tan locuaz, no tuvo concentración de sobra para responder al almirante.

Ya ella se acercó a la consola de Elbrun para controlar la estrategia de ataque. Mientras tanto, el temblor incesante bajo los pies de los tripulantes se acentuaba. Los borg habían aumentado la energía con la cual atacaban.

El cubo crecía sin cesar delante de ellos, hasta que se sumergiese otra vez todo lo que la pantalla central mostraba en una noche artificial. Esta vez, la noche era teñido de manchas verdes.

Janeway se inclinó por encima de los hombros del kylesiano. “Está bien,” concluyó su examen rápido. “Ahora aumente la energía del fuego.”

“Quiere atacar abiertamente el cubo?” Chakotay se interpuso. “Almirante, creo que no hacemos bien en provocarlos aún más. Creo que ellos ya han descifrado nuestro mensaje que no estamos de acuerdo con que retengan nuestros tripulantes.”

Pero Kathryn apretó los labios. “Lo único que podemos esperar, e intentar hacer, es incrementar la confusión.”

“Los borg y la confusión?” preguntó Chakotay, pero la duda en su tono ya se debilitó. Tenía que conceder que la actitud de esos borg no correspondía a toda la experiencia de la Federación con ellos.

De pronto, una nueva sacudida se apoderó de la Voyager. Los tripulantes se aferraron a sus consolas para no caer de sus sillones. Janeway tuvo el tiempo de hundir sus dedos en el respaldo del sillón de Elbrun. Solo ella se mantenía de pie.

“Es la respuesta al incremento del fuego,” analizó Chakotay con frialdad. Por qué él, el visionario, luchaba tanto para creer en el éxito de la misión? El peligro que Seven corría lo afligía extremadamente. Para él era mucho más duro como si hubiese temido su muerte. La aniquilación de la identidad que los borg podían operar era mucho más aterrador que el fin de la existencia, el cual, a lo menos, preservaba la identidad espiritual de una persona. Aun así, Seven no era la única razón por su abatimiento. Él mismo sospechaba una razón mucho más grande y contundente, pero al mismo tiempo completamente inexplicable. Se sentía como si un espíritu maligno se hubiera implantado en su mente y lo asaltara con la tentación de la desesperación. Hasta el momento, su mente vacilaba todavía. No era aún decretado el final de esta batalla silenciosa que le roía el corazón.

Comentando el último choque sufrido, Elbrun dijo: “Esta vez, los escudos han bajado de veinte por ciento. Ahora están a cincuenta por ciento.”

“Podemos apenas aguantar dos otros golpes de la fuerza que hemos recibido,” concluyó Kathryn. La duda apareció mezclarse con la convicción de su mirada, haciendo tambalear la convicción. Pero fue solamente un momento de incertidumbre. Ella confirmó con una voz muy clara: “Adelante! Y concentremos aún más el fuego!”

Los miembros de Chakotay se helaron. Si luchaba contra la negación de la voluntad, contra la inercia, Janeway, al contrario, parecía exagerar la actividad hasta extremos atrevidos, perdiendo los riesgos de vista. Le resultaba imposible explicarse la confianza del almirante, pero esta confianza parecía sostenerlo en su propia lucha. Su mirada se fijó de nuevo en la pantalla. Los rayos que la Voyager arrojaba al límite de su fuerza de fuego repicoteaban contra el escudo protectora del cubo, que brillaba de una luz verde. Era una locura. Parecía evidente que esos escudos eran impenetrables para las armas de la Voyager, incluso si hiciesen fuego durante horas enteras. Esos borg, si de veras eran los borg que había conocido la Federación, poseían unas ventajas de tecnología que aun las

maravillas de la sección de Vaught no podían igualar.

Cómo iba a acabar todo esto? Ahora el cubo llenó completamente la pantalla. En unos pocos minutos iban a chocarse con él.

Aún Kahtryn no había dado la orden de desviar la nave de su rumbo de colisión.

4

Seven no supo de dónde sacó su fuerza. No supo cómo fue posible que esta energía brotase en ella. Tal vez fue el eco de las imágenes que habían flotado en su espíritu y que habían tardado algunos momentos antes de desplegar su efecto. Siempre, antes y después de su periodo borg, había sido rodeado por gente a que había querido y que la había querido a ella. Existía algo en el mundo por qué la vida valiera la pena, y la valiera cien veces y más.

La furia de energía hizo temblar su cuerpo y le proporcionó una fuerza fuera de lo normal. Su mano se agarró al brazo de la reina. Su otro mano siguió, y ella se apoyó violentamente sobre estos dos puntos de resistencia. Lanzó un grito y se arrancó del apretón de la reina. Tambaleó hacia atrás y cayó sobre el suelo metálico iluminado por la lúgubre luz verde. Apenas mantuvo su equilibrio, pero, al final, logró enderezar su cuerpo.

La reina se levantó de su trono. La indecisión la clavó donde estaba.

“Es esto el control emocional de los borg?” profirió Seven en voz ronca. Tosió. La inundación del aire atravesó sus pulmones como un fuego, un fuego salvador. Respiró trabajoso y torpemente, como un recién nacido. A pesar de esto, continuó: “Das un buen ejemplo de la superioridad racional de los borg. Te pregunto otra vez: a quién quieres engañar? Ni siquiera puedes engañar a ti mismo! O acaso estás tan ciego que no te des más cuenta de lo que haces? Tal vez ya te has olvidado de lo que acabas de hacer? Que las emociones te han vencido? Que acabas de atacarme porque has rechazado tu racionalidad preciosa? Debes modelarte al modelo de los hombres para aprender el control sobre ti mismo! Yo, ahora, con el libre desarrollo de mis emociones, yo no te he tocado aunque me hubiera gustado mucho abrirte el cuello con las uñas! Pero tú, con todo tu desprecio altanero de borg, tú te has rabajado a la pobreza emocional de los hombres!” Seven gritó estas frases como acusaciones reveladoras.

Ahora, la reina se calmó. Se quedaba sobre sus pies y se mostraba tan fría como una estatua de hielo. La tormenta había sido abrupta y violenta, pero ya había pasado. En el rostro de la reina Seven leía una especie de pesadumbre, una amargura, como si ella estuviera harta de la vida a la cual estaba condenada.

De súbito, toda la alarma desapareció del cuerpo de Seven. Se sentía flaca y abatida. En realidad podía más fácilmente sostener el efecto de la agresión de la reina que esta especie de compasión que repentinamente nació en ella. Sin pensarse el gesto, Seven bajó los ojos y miró a sus pies, algo avergonzada. Mirar ahora a la reina le hubiera parecido como mirar a una madre deshecha en lágrimas. Pero si así pudo sustraerse a los ojos de la reina, no pudo bloquear su voz persuasiva. La reina dijo: “Sí. Te engañas si crees que no sé que acabo de faltar, delante de ti, con mi deber – que acabo de desmentir el privilegio borg. Te aseguro que estoy muy consciente del hecho. Cómo podría explicártelo?” La reina quebró la inmovilidad de sus facciones petrificadas y suspiró hondamente. Su cara adquirió una viveza que era casi indistinguible de la de la humana. “Todavía somos como niñas que dan sus primeros pasos en el mundo. Y no tenemos a nadie quien podría instruirnos.”

El corazón de Seven dio un salto. “Sois muchas?” Dirigió su pregunta al suelo lúgubre de la estancia. Apenas pudo creer lo que estaba escuchando.

La reina no respondió de inmediato. Sus cavilaciones eran casi audibles en la sala silenciosa. Debía pesar los argumentos en favor y en contra de cada trozo de información que dejase vislumbrar. Al final, respondió: “Somos bastantes. Bastantes para tener la oportunidad realista de implementar ciertos cambios en la organización presente de nuestro pueblo.”

“Nuestro pueblo,” murmuró Seven con extrañeza. Era una manera completamente descomunal de los borg de designar su colectivo. De nuevo, Seven oyó el resoplido de la reina. Un suspiro siguió. Sintió ese sonido recorrer su espina dorsal. “Es demasiado humana,” pensó Seven.

La reina continuó: “Nunca quiso hacerte daño, Seven.” Hizo una breve pausa. Después, su voz se volvió mucho más suave. “Si lo crees o no, nosotros te tenemos mucho respeto. Eres un poco como un ícono para nosotros. Yo he querido verte para encontrar la figura real detrás de la idea que veneramos, y de la cual tú representas la imagen. Y debo confesarte que me has sorprendido mucho. Sobrepasas incluso el tamaño que ta celebridad te atribuye. Eres más grande que tu sombra. Me has batido, una borg. Me has batido solamente con la voluntad humana.”

Seven arrugó la frente. Analizó la voz de la reina desde cada punto de vista posible, pero no pudo encontrar un indicio que ella fingiera solamente. Las palabras de la reina no eran un disfrazo detrás del cual se escondía la verdadera intención. Las palabras de la reina eran honestas. Seven no pudo contenerse más. Fijó sus ojos casi desorbitados en la cara de la reina. Sufrió una contracción del corazón al percatarse cómo estaban conmocionados los rastros de la reina. Para Seven, ver algo parecido fue una experiencia completamente nueva. La cara desfigurada de la borg, cuando sus facciones habían descartada la semblanza humana, le había resultado mucho menos inquietante.

“No,” la reina meneó lentamente la cabeza. “Nosotros no queremos hacerte daño. Estamos consciente de que has elegido tu camino. Pero quizás, en algún momento, las dudas puedan asaltarte.”

Seven mostró una cara decisiva. “Si me permites darte un consejo: con esto no cuentes.”

Pero la reina no hizo caso de esta negación rotunda de Seven. “No me digas que tu actual identidad presente no te hace dudar a veces.”

Seven apretó sus labios y no repuso nada. Tal vez habría comprometido su dignidad contestando a esto, tal vez sentía que el comentario de la reina no era de todo injusto.

“De todos modos, oirás de nosotros.” La reina hizo un gesto tajante que significaba que, en cuanto a ella, esta conversación había terminado. Se sentó de nuevo sobre su trono. Dobló los brazos sobre el seno y bajó un poco la barbilla, junto con los ojos. Sus cabellos finos y hermosos – cabellos artificiales – caían sobre su frente y ensombrecían su rostro.

Seven contempló esta imagen que presentaba la reina con un sentimiento creciente de extrañeza. Dejó correr su mirada desde arriba hacia abajo la figura de la reina. Pensó: “Cree realmente lo que dice, pero ha perdido el contacto con la realidad. Los borg no pueden cambiarse, salvo si dejan ser borg. Su auto-conservación les proscribe adoptar principios nuevos.”

La reina parecía desentenderse de la presencia de Seven. Parecía ensimismada, los ojos vueltos hacia su fuero interior. Seven, al contrario, se sentía débil por causa del ataque que había sufrido. Carraspeó e hizo un esfuerzo para recobrar una respiración regular. Miró en su derredor para encontrar una salida. Sintió un extraño escrúpulo de romper el encogimiento de la reina. Pero superó la vacilación y preguntó: “Y qué vas a hacer ahora conmigo?” Seven no comprendió por qué estaban completamente a solas aquí, por qué la reina no se rodeaba de defensas, por qué, esta discusión ya terminada, los soldados borg no surgieron para llevarla a las celdas.

La reina no contestó a sus preguntas mudas sino con un silencio pesado.

El silencio dio a Seven un nuevo escalofrío. Habría sido capaz de manejar la situación de algún modo si hubiera cabido dentro de los escenarios clásicos del combate contra los borg. Desde su traslado a la Voyager, Seven había sido confrontada diariamente a la imagen que los borg eran los

enemigos eternos con los cuales ningún trato era posible. Si esta idea parecía demasiado simplista, el comportamiento de los borg, hasta ahora, había dado miles razones para comprobar su veracidad. El colectivo formaba una voluntad única, indivisible. Los soldados eran programados para obedecer, para ejecutar los mandos y nada más. Las reinas, que mantenían la ideología del colectivo y determinaban el conducto general de los cubos, no tolerarían jamás que una reina cambiase la posición general. Por consecuencia, el borg único no existía – al momento que naciera, cesaría ser borg.

Pero si a partir de este momento, esta perspectiva tan fácil y tan justa no representaba más la realidad, cuáles eran las consecuencias para la propia identidad de Seven? Ella ya escuchaba, como si se aproximara desde lejos, el silbido de un nuevo torbellino de inquietudes. Le costó algo deshacerse de tales pensamientos. Preguntó de nuevo: “Ahora, qué piensas hacer conmigo?”

La reina levantó lentamente la cabeza, como si despertase de un profundo sueño. Suspiró y meneó la cabeza.

De nuevo un escalofrío recorrió la piel de Seven. Cuán extraña le parecía toda esta situación!

La reina dijo: “Qué va a ocurrir? Creo que me será imposible convencerte. Crees que soy ciega, pero estoy segura de que nosotros, los borg que luchan por la individualidad, vemos más claro que tú. Observa la humanidad, Seven! Considera las tragedias que arrasan la tierra! Observa cómo ellos se tratan los unos a los otros! No te disgusta? No puedo comprender cómo no ves que la fusión de la racionalidad borg con la emocionalidad humana logrará franquear los límites de ambas razas – para permitírnos alcanzar un nuevo estado de desarrollo universal!” Pero después de esta exclamación se dejó caer otra vez contra el respaldo del trono. “No, es un desperdicio de tiempo,” murmuró como para sí mismo. Puso sus ojos fatigados sobre Seven. “Qué crees que vamos a hacer contigo, Seven? Ya te he dicho que no queremos dañarte. Ahora mismo nos ataca la Voyager. No defiende el cubo salvo para prevenir daños irreparables. Pero no se sabe a cuáles extremos el almirante Janeway pueda dejarse llevar. Su nombre está liado a recuerdos bastante inquietantes.” Sonrió ligeramente, pero sin alegría. “Te hacemos trasladar a la lanzadera con la cual llegaste aquí. Estás libre de irte.”

Seven parpadeó. Era un éxito demasiado grande para creerlo. “Y cómo tratarás a mis compañeros?”

La sonrisa lastimera de la reina no se evaporó. “El capitán Chakotay no dejará atrás a su primer oficial, ni a ese hombre raro. A pesar de todas vuestras demostraciones de agresividad, nosotros no hacemos caso de esto. Alargamos nuestra mano a vosotros. Ahora os lo toca a vosotros de apretarla o rechazarla.”

Seven enmudeció, tal vez porque sospechaba que el estado lastimoso que la reina afectaba era la última prueba que tenía que superar. Después de que la reina había verificado que Seven no se dejaba arrastrar por la demostración del poder, tal vez era su nueva estrategia de excitar su compasión. Pero la compasión con el mal, si de verdad Seven la sentía, no se extendía a tal punto que ella contrataría un pacto con el mal. Seven quedaba firme y muda.

Finalmente, la reina expulsó un largo suspiro y dijo: “Si sales por esta puerta” - la indicó con el meñique - “dos soldados están a tu disposición para conducirte a vuestra lanzadera. También voy a contactar tus dos compañeros que ahora se hallan en la sala central de la computadora e infligen los pocos daños que puedan. Les presentaré la opción de abandonar su trabajo inútil y de regresar contigo a la Voyager.”

Seven parpadeó de nuevo. Cómo debía reaccionar a este fin de su encuentro con la reina?

La reina recobró su postura ensimismada sobre el trono.

Seven tomó una decisión brusca y se marchó al corredor que la reina había designado. No volvió la cabeza hacia la reina, ni siquiera una sola vez. Cuando salía de la sala de la reina, cuando se adentraba en el pasillo oscuro, una oleada de alivio inundó su alma, pacificando su espíritu sublevado. Esto era el final. Si había habido, ella había pasado por encima de ella. Nunca más

podría dudar dónde era su sitio, su hogar en este mundo – y con quién.

Los soldados borg la recibieron con sus miradas vacías y la condujeron hacia el teniente Kim, aguardándola con ansia en la Delta Flyer.

5

Chakotay cambió otra vez la dirección de su mirada y la fijó en el rostro indescifrable de Kathryn. No debían las dudas asaltarla, a pesar de su actitud imperturbable? Lo único que investía con autoridad la locura de sus maniobras era esta demostración de control completo. Si el poder del espíritu de Kathryn no hubiese dominado todo este escenario alucinante, quizás algunos tripulantes ya habrían cuestionado abiertamente los mandos del almirante. Pero su voluntad de acero empujaba a todos hacia adelante, incluso a Tom Paris quien parecía cerca del desmayo. Gracias a su genio de piloto la Voyager podía mantener su rumbo de colisión con el cubo sin hacerse borrar del espacio por los ataques de los borg.

Pero todo su talento de timonel no bastaba para ponerlos a salvo de los riesgos. Una vez más un sacudimiento violento hizo saltar todos sobre sus sillas.

“Escudos a veinticinco por ciento!” señaló Rial Elbrun. Aun con su lealtad sin compromiso hacia Janeway, su voz sonaba como un aviso.

Sin que la tripulación tuviera el tiempo para respirar, un otro temblor siguió. Chakotay fue casi arrastrado de su sillón. Las vibraciones no tuvieron termino. El suelo vaciló tan fuertemente como si estuviera al punto de quebrantarse.

“Cinco por ciento!” tronó la voz ronca del kylesiano por encima de las alarmas que apoyaron sus avisos.

Pero Janeway no reaccionó. Se quedó aferrada al respaldo del sillón de Elbrun, los ojos hundidos en el cubo que iba acercándose.

Chakotay no pudo contenerse más. “Basta ya! Tom, maniobra evasiva hacia la izquierda! Elbrun, interrumpa el fuego de inmediato!”

Chakotay no arrancó en vano esas exclamaciones de su garganta apretada. El fuego cesó de pronto y la Voyager se desvió un poco al lado izquierdo. Quizás fue el último momento para salvar sus escudos, porque en el mismo instante que la nave corrigió su rumbo, sobre la pantalla estalló un rayo que casi chocó contra su buque. Si no hubiesen cambiado de posición, quizás ahora habrían sido desprovistos de toda protección, con los escudos destrozados por el golpe.

Chakotay estaba en sus pies. Finalmente había actuado, se había liberado de su inercia, del conflicto paralizando de su voluntad. Lo importante no había sido la esperanza. Lo importante había sido de actuar.

A pesar de la sensatez del comando de Chakotay, y a pesar de la reacción instintiva de los oficiales en obedecerlo, ellos se quedaron dubitativos, incluso asombrados por su propio comportamiento. Sus ojos volaron hacia Janeway. Él capitán había expresamente entregado el mando de la Voyager al almirante para cumplir con esta misión. Sólo ella podía confirmar la orden de Chakotay.

Esté estuvo en un zancado al lado de Kathryn, como si tuviera prisa de formular una excusa. Pero se sorprendió al ver una breve sonrisa rozar los labios de su amante. Creyó hasta captivar un resplandor de alegría en sus ojos por la decisión que él, Chakotay, había tomado: la decisión de

finalmente superar su estupor pesimista. Pero antes que él pudiera comprobar la impresión, el resplandor se desvaneció de pronto y el rostro de Janeway recobró su impasibilidad misteriosa.

Chakotay se quedó algo pasmado. “Kathryn,” dijo, y nada más. Pero no fue un reproche, no fue una acusación, fue simplemente su nombre, exhalado de unos labios dolientes y amantes.

“Sí,” ella replicó con cariño. “Es el fin. Gracias.” Y sin explicarse más, dijo en voz alta: “Terminemos. Terminemos y aguardemos el juicio.”

Chakotay se aprovechó del momento para deslizarse al oído de Tom Paris: “Dé tantos revueltos a la nave como ella puede sostener. No podemos neutralizar un otro impacto. A todo coste tenemos que desviar el fuego enemigo.” Apretó el hombro de su timonel con una mano fuerte. “Gracias, amigo mio! Ya no falta mucho tiempo hasta el desenlace, sea como sea!”

Tom se enjugó el sudor de la cara y echó a su capitán una mirada extenuada. “Ya es tiempo,” comentó, casi con alivio, pesa a la inseguridad total de la situación de la Voyager.

A Elbrun Chakotay dijo en la misma voz quieta: “Gracias. Que se tenga alerta, pero ahora ni un solo rayo debe escaparnos!”

El kylesiano asintió.

Después, el capitán tocó ligeramente el codo de Kathryn. Ella buscó sus ojos y masculó de nuevo: “Gracias.” Añadió: “Quizás me he dejado arrastrar.”

“No, no estoy seguro,” Chakotay balbuceó, todavía visiblemente avergonzado por su debilidad ya vencida. “Fíjate en los datos,” él señaló con el dedo la consola delante de ellos. “Los borg no nos atacan más.”

“Sí, pero...” comenzó Janeway, pero fue interrumpido.

“Capitán!” advirtió el oficial que sustituyó a Harry Kim. “Los borg envían una señal. Nos invitan a abrir un canal de comunicación.”

“Detrás de nosotros está el círculo de dardos, enfrente tenemos el cubo. No nos hallamos precisamente en una situación para negociar,” reflexionó Chakotay, pero ahora sin la nota de abatimiento que había antes alterado su voz.

Janeway se encogió de hombros, como para decir: ‘No hay más remedio.’ Mandó al oficial de abrir una comunicación visual.

El contacto se estableció de inmediato. La imagen del cubo se trocó por una cara tal que Janeway, involuntariamente, dio un paso atrás. Chakotay se puso pálido. Los tripulantes del puente detuvieron el aliento. Pero después de dos segundos superaron el primer choque de la sorpresa. Chakotay resopló con alivio. Janeway se enderezó de nuevo. Habían creído ver Seven ante ellos, Seven después de una nueva transformación por los borg. Pero el error no se prolongó. También los cabellos de esta mujer eran rubios, pero su rostro era más anguloso que el de Seven. Los contornos de la maquina se entreveían todavía bajo los engaños de la mascarada y de las operaciones faciales. Pero aun así, reconociendo que no era Seven, el aspecto era inquietante. Jamás habían puesto los ojos en un borg que se parecía tanto a un ser humano.

Janeway se quedó mudo y después de unos pocos segundos, el borg dijo: “Soy la reina de este cubo. Saludo con todo respeto a la Voyager, al su capitán famoso señor Chakotay y a su líder presente, el almirante Janeway.”

“Devolvemos el saludo,” respondió Kathryn.

“Hemos cogido presa a Seven of Nine. Además, hemos encerrado al vulcaniano Tuvok y a un hombre que todavía no conocíamos. Han tratado de sabotear nuestro ordenador central. En vano.”

Janeway estaba insegura cómo actuar en su papel a este instante. Finalmente, se decidió por

preguntar: “Cuáles son sus condiciones?”

La borg alzó un poco la mandíbula. Como si hubiera sido herida en su amor propio, replicó: “Se equivoca, almirante. No ponemos condiciones. Ustedes nos han atacado, atribuyéndonos malas intenciones. Vamos a mostrarles lo equivocado que han estado. Ignoramos esta agresión injustificada.”

“Injustificada?” preguntó Janeway con incredulidad. “Acaso usted no sabe en cuál cuadrante se halla? Ha venido aquí con una armada, Dios sabe cómo, amenazando nuestro hogar. Ha destrozado todas las sondas de reconocimiento que hemos enviado en el yermo. Pero aún así, habla de una iniciativa injustificada de nuestra parte. Deberíamos haber aguardado vuestro próximo paso agresivo? Quizás se ha olvidado de toda la historia pasada del sufrimiento de los humanos por causa de los borg?” Los ojos del almirante echaban chispas. Casi se felicitaba sí misma por la autenticidad con la cual correspondía a su papel.

Pero quizás ella exageraba. Él más impresionado por su actitud era Chakotay. En una situación desesperada, casi sin defensa, a la gracia de los borg, el almirante se atrevió a reprender a una reina borg como a una niña. Chakotay reflexionó que ella debía ser enterado de algo del cual él ni siquiera sospechase. Él, como los demás en el puente, estaba sumergido en un asombro paralizante.

La reina se desentendió de los argumentos de Janeway y repitió solamente: “No hay condiciones.”

“Y qué quiere, desde luego?” exigió Janeway una respuesta, fingiendo la exasperación.

“Nada más que ustedes aprecien nuestra señal de buena voluntad,” respondió la borg. “Pero parece que aun tan poco es demasiado para usted, como demuestra su reacción.”

“No hacemos tratos con los borg,” Janeway le echó en cara. “Lo hicimos una vez, batiendo juntos la especie 8472. Pero después los borg se han convertido nuestros peores enemigos. Repito: Nunca más haremos tratos con los borg, que se llamen o se disfrazen como quieran.”

Una leve contracción descompuso la máscara humana de la reina. Pero debajo de la máscara no vislumbró la fealdad borg, sino una expresión en apariencia aun más humana: el dolor, puro y crudo.

Chakotay pudo apenas contenerse. Cómo una borg podía aparecer tan humana? Cómo podía experimentar semejantes emociones? Pero el momento fue demasiado corto. Con lo que parecía un esfuerzo de voluntad, la reina compuso su rostro, volviéndolo a la eterna frialdad de los borg.

Ella prosiguió: “Vamos a dar libre camino a sus dos hombres, a pesar de los crímenes que han cometido contra nosotros. A Seven ya se acompaña a la lanzadera con la cual han invadido nuestro territorio.” La reina marcó una pausa, y después concluyó: “Me duela, almirante, pero como no parece interesarse por estrechar nuestro contacto, quizás será nuestro ultimo encuentro.” Bajó un poco los párpados, imitando un signo de respeto. “Almirante Janeway, capitán Chakotay. Adiós.”

De repente la cara se redujo a un hilo de luz, y después el cubo enorme llenó de nuevo la pantalla principal.

Chakotay se acercó a Kathryn. “Tal vez he soñado todo esto?”

Ella se alisó los cabellos revueltos con las manos. “Créeme: me pregunto lo mismo.”

En una voz muy queda, Chakotay susurró: “Pero tu me has parecido como la menos alterada de todos aquí.”

“Sabes, cosas secretas del Alto Mando,” dijo Janeway esbozando una sonrisa. Sacudió los hombros, en un gesto de restar importancia al asunto. Ahora, debía comenzar un nuevo papel, y según la promesa que había hecho a Q, nunca se desharía de él. Jamás y ante nadie ella daría a entender que sabía del plano de Q, de su pieza de teatro, y que había sido una participante consciente en ella.

Chakotay, por su parte, no hizo otra pregunta, no obstante las miradas inquisitivas con las cuales pareció sondear el alma de su amante.

“Esperemos,” dijo Kathryn en voz alta. “Mantengamos nuestra posición. Vamos a ver si esos borg al fin y al cabo no nos devuelven nuestro equipo.” Su rostro se endureció y ella se calló, obedeciendo al juego que tenía que representar hasta el término. Pero en sus ojos ya resplandecía el alivio. Sentía con certitud que la prueba ya había pasado y que todos habían salido fortalecidos. Sobre todo Seven, fuese como fuese su prueba personal, se había mostrado a su altura.

Mientras que los ojos de Janeway brillaban de una alegría secreta, los ojos de todos los demás tripulantes del puente se volvieron hacia la pantalla, hacia la imagen de este cubo extraño que parecía encerrar tantos enigmas. Todos se preguntaron si verían salir la Delta Flyer de sus entrañas.

En medio de esta espera inquieta el sustituto de Kim lanzó súbitamente: “Almirante, recibimos una comunicación desde el interior del cubo.”

6

“Estamos perdidos,” exhaló Vaught. Arrastrado por un ataque de cólera, tan raro en él, dio un puñetazo sobre la consola a la cual había trabajado.

Todas las puertas que conducían a esta sala central estaban cerradas. La única salida que quedaba era aquella por la cual habían entrado. Ya minutos antes los drones habían logrado destruirla. Sin embargo, misteriosamente, la armada borg que se hallaba delante de la puerta aún no había comenzado de asaltar la sala de la computadora. De vez en cuando los drones hacían recaer oleadas de fuego sobre los dos hombres, pero no entraban. Esto confundía ambos compañeros más que la invasión de la sala por las tropas lo habría hecho. Recelaban alguna brujería detrás de este comportamiento, pero ahora no podían más que aguardar el golpe terrible que pronto tendrían que soportar.

Las manipulaciones de Vaught no habían logrado éxito. El funcionamiento de los sistemas técnicos del cubo no se había alterado ni siquiera lo más mínimo. El agente de la sección 31, incapaz de encontrar el error en sus cálculos, rugía interiormente. Sus ojos chispeaban de ira.

“Por qué ellos no abren fuego y acaban por una vez con nosotros?” Vaught se enjugó el sudor de la frente y se escondió detrás de una fila de consolas. Asomó su arma por encima de ellas para apuntar. “Que esperáis, endiablados maquinas?” gruño entre dientes.

Tuvok se juntó a él y buscó igualmente un blanco con el phaser. “No parecen querer atacarnos. En la situación en que nos hallamos, eso no es lógico. Deben saber que ya hemos agotado todos nuestros recursos.”

“Sí,” murmuró Vaught. “Y además, los borg nunca han mostrado miramientos por sus soldados. Tratan sus drones como **forro de cañón** y nada más. Tal vez podríamos abatir algunos más, pero su mera cantidad basta para aplastarnos.”

Ambos rumiaban sobre los planes que sus enemigos podrían tramar, cuando, de repente, oyeron movimientos detrás de ellos. Sorprendidos, se giraron sobre sus talones, pero ya fue demasiado tarde. Miraron directamente en los muñones fulgurantes de los borg, extendidos hacia ellos.

Era una docena que se había levantado del suelo, como muñecos tirados por sus cordoncillos. El estado de esos borg era lastimoso, pues eran los mismos que Tuvok y Vaught habían derrumbado cuando se habían hecho con el control de la sala. Pero, evidentemente, se habían equivocado pensando que los borg habían sido puesto fuera de combate. Tuvok frunció el ceño. Ya había

combatido los borg varias veces, pero jamás había hallado una semejante resistencia en ellos.

Tuvok y Vaught bajaron los armas. En esta situación una tentativa de fuga habría sido insensata. Estaban condenados a esperar lo que advendría.

Una voz sonó desde los sistemas de comunicación de la sala: “Señores, hacednos el favor de no comprometer más la integridad técnica de este cubo, si no, nos veremos obligados a poner un fin desagradable a su misión.”

Tuvok se estremeció. No fue necesario que alguien le dijera a quien pertenecía esta voz. Solamente una reina borg podía hablar con semejante entendimiento y autoridad. La voz denotaba un cierto cansancio cuando al proseguir: “Señor Tuvok, puede activar su insignia comunicador, ya hemos abierto un canal de comunicación, puede recibir los órdenes de su almirante.”

Tuvok analizó rápidamente la situación. A estas alturas los borg no habrían ganado nada con tenderles una trampa. Los dos hombres estaban acurrullados.

A continuación, Tuvok activó su insignia y con gran sorpresa oyó como la comunicación se estableció. “Aquí Tuvok,” señaló.

“Comandante Tuvok, señor Vaught?” comprobó Janeway en una voz que parecía expresar la sorpresa. Evidentemente no había sido informado de antemano del establecimiento de una comunicación.

“Estamos en la sala del ordenador central,” replicó Tuvok asombrado pero tranquilo. “Hemos caído prisioneros. A este punto no podemos intentar nada más.” Se tragó la cuestión palpitante por qué los borg les permitían esta conferencia.

“Por favor, desháganse de las armas y entréguese a los borg,” dijo el almirante. “Conducirán a ustedes a la lanzadera. Ustedes pueden regresar a la Voyager.”

Aun Tuvok, no obstante su impasibilidad ejemplar, se quedó con la palabra en la boca. Había entendido bien, o tal vez sus sentidos lo engañaron? La cara de Vaught mostró menos asombro. Fue él quien recobró primero el aplomo. “Almirante, los borg han cautivado a Seven of Nine, no podemos dejarla atrás.”

La respuesta vino directamente. “No está la sección instruida de todo, señor Vaught? El capitán Janeway nunca ha dejado a un tripulante atrás, y el almirante Janeway no comenzará una tal cobardía.”

“Seven está en seguridad?” se aseguró Vaught, visiblemente aliviado.

“Sí,” confirmó Janeway. “Actualmente la escoltan a la lanzadera. Les pido que acepten la misma escolta.”

Vaught abrió la boca para responder, pero de pronto se interpuso la voz de los altavoces: “Hemos cortado el canal. Ya han charlado más de lo necesario. Por favor, déjense guiar a la lanzadera. Nuestros soldados les mostrarán el camino.”

Vaught y Tuvok intercambiaron una mirada. Después ambos hombres entregaron sus armas y se colocaron en medio de su escolta.

Una hora más tarde, Kim, Tuvok, Vaught y Seven se hallaron de nuevo al bordo de la Voyager. A través del yermo la nave se alejó cuidadosamente del sitio dominado por el gran cubo. En las caras de los tripulantes estaba todavía grabada la incertidumbre. Aún era demasiado pronto para interpretar los acontecimientos. Solo Janeway sonreía, pero más bien escondida que abiertamente.

Al día siguiente a esos sucesos, la Federación dispuso de nuevas informaciones. Primero, según las apariencias, los borg habían abandonado el yermo por completo. Al menos la Flota podía enviar

sus sondas a todas partes sin encontrar el más mínimo señal de actividad **aliénaga**. Cómo habían aparecido desde la nada en el yermo? Cómo habían desaparecido? Los científicos debatían fervientemente esta cuestión. “Es un milagro,” Janeway pensó para sí e hizo una mueca. “Un milagro al estilo Q: muy pomposo y sin sentido.”

7

Esta vez, cuando Janeway había regresado a la Tierra, Q mostró la delicadeza de introducirse en el despacho de Janeway, en vez de sorprenderla en su dormitorio, su bañera u otros lugares íntimos. Al entrar ella en su oficina, hojeando un informe, él se encontraba adosado a una pared, dejando correr su mirada por la mampara de la ventana hacia fuera.

“Qué dices?” él preguntó sin rodeos. “No fue un éxito rotundo, mi pequeño teatro?”

“A veces extremaste los límites de la plausibilidad. Una armada borg estacionado tranquilamente en el yermo... esos borg no siendo los borg rebeldes, pero aun así casi fuera del colectivo... la reina borg y su amor ciego por la apariencia humana... la magnanimidad de esos borg,” enumeró Janeway algunos puntos frágiles del gran engaño orquestado por Q. “Finalmente, la desaparición completa de los borg, como si el yermo los hubiese tragado. Honestamente, yo siempre esperaba que alguien dijese: 'Estamos atrapados en el sueño de un delirante!'”

“Sí,” se rió Q, ahora de nuevo él de siempre, alegre y sin la serenidad de su última conversación. “El sueño de un enloquecido o un dios jugueteando con vosotros! Y, además, convengo en lo que amo más en el teatro, es la teatralidad. Y naturalmente esto era visible para ti. Pero...”

“Los otros no sabrán nada,” declaró Janeway. “Jamás sabrán nada por mi parte. Y Picard es un sepulcro todavía más hondo.”

El dedo de Q se alzó. “Querida, que nunca te olvides de este punto de nuestro convenio. Si no, créeme, las consecuencias serán devastadoras.” Otra vez Q perdió su aire risueño, su frente se oscureció. “Abrirías una grieta en la estructura espacio-temporal que quizás acabaría con todo el cuadrante.”

“Comprendo muy bien mi obligación de callarme,” apoyó Janeway, “por más que me duela.”

Q la escrutó con una mirada severa. Pero de pronto recuperó su jovialidad, esbozó una reverencia y se dirigió a la puerta.

“Y los borg vendrán?” inquirió Janeway.

“Vendrán enseguida. Y aunque sois todavía niños, ahora habéis crecido un poco. La prueba ha salido satisfactoriamente. Y la Seven que ha salido de la prueba es una Seven entrenada para cumplir con la responsabilidad que recaerá sobre ella.” Q abrió la puerta, se volvió en el umbral y con la mano hizo un saludo a Janeway. “Mucha suerte, querida. Dejaré ahora esta valle de miserias. Espero que te hallaré de buena salud cuando regrese. Una Kathryn Janeway del tipo borg sería poco agradable.” Él guiñó un ojo y sonrió con deleite, como si hubiese gastado una broma muy bonita, mientras que sus palabras helaron la sangre del almirante.

Y Q se desvaneció en el corredor. La puerta se cerró detrás de él y Janeway se vio a solas en su despacho. Desde la ventana contempló su hogar, la Tierra, el hogar amenazado. No podía avisar a nadie de la nueva amenaza. Pero al menos, impulsado por el peligro incierto de los extraños borg pacíficos, algunas maniobras de naves ya habían sido efectuados, de manera que la Flota, a esta hora, estaba menos dispersada. Además, si podía confiar en la palabra de Q, tendría que aguantar poco tiempo el peso de su conocimiento solitario de la llegada de los borg. Pues muy pronto

vendrian.

username: DerRollenspieler

Pass: 83757kdhf